

otomíes, de haber atacado imprudentemente á los españoles; imprudencia de la que habian sido bien castigados con su derrota y la muerte de sus mas intrépidos jefes. Despues de haberse escusado de esta manera, se retiraron dejando á Cortés en la misma incertidumbre respecto de las verdaderas disposiciones del pueblo tlaxcalteca.

Bien pronto supo á qué atenerse, porque al día siguiente llegaron los otros dos embajadores en un estado que escitó á la vez la piedad y la indignación de los españoles. Noticiaron á Cortés, que habian sido aprisionados en contra del derecho de gentes y que debian ser sacrificados por los tlaxcaltecas á sus dioses; pero que habian conseguido escaparse por la noche. A juzgar por lo que decian estos embajadores, el pueblo tlaxcalteca habia jurado inmolarse tambien á todos los españoles.

Entonces Cortés no titubeó en arrostrar el peligro que le amenazaba: siguió su marcha, y bien pronto se halló rodeado de una innumerable multitud de enemigos, al frente de los cuales se hallaba el jóven Xicotencal. Era preciso dar la batalla y se dió en efecto; pero estuvo en muy poco que fuese funesta para Cortés y todo su ejército por un suceso de poca importancia. Un ginete español que separándose de los suyos, se habia precipitado en los batallones enemigos, recibió muchas heridas, y su caballo acribillado de flechas, cayó muerto en el suelo. Los indios cortaron entonces la cabeza del animal, y levantándola en lo alto de una pica, la llevaron en

triunfo por todas partes, á fin de probar que aquel mónstruo podia ser vencido y muerto. La vista de la cabeza cortada reanimó el valor de los indios, siendo su ataque tan impetuoso, que los españoles empezaron á ceder, sin que pudiesen resistir á las masas que los oprimian y que iban á acabar con ellos.

De repente cesa el combate, las bocinas de los indios tocaron retirada, y el enemigo abandona un campo de batalla en el que á poca costa hubiera conseguido una completa victoria. La causa de esta retirada que salvó á los españoles, era que habiendo muerto ya los principales jefes indios, era preciso nombrar quien los reemplazase: el enemigo además se retiraba satisfecho, llevándose como un glorioso trofeo la cabeza del caballo, la que Xicotencal cuidó de enviar al senado.

El general español buscó una posicion en que pudiera fortificarse contra un enemigo tan peligroso; pero no perdiendo la esperanza de hacer paces con los tlaxcaltecas, envió á su general algunos prisioneros, que al presentarle sus proposiciones pacíficas, le hicieron conocer las terribles consecuencias de una resistencia mas prolongada. Indignése Xicotencal de tal manera con las proposiciones y amenazas del general español, que maltrató á los infelices que se las habian hecho, enviándolos cubiertos de heridas, para que dijese á Cortés que al día siguiente al amanecer, Xicotencal se presentaria con un poderoso ejército para prender al general espa-



ñol y todos sus soldados, y sacrificarlos ante los altares de sus dioses.

Aunque esta noticia no correspondiese á las esperanzas de Cortés, venia acompañada de un regalo que daba á entender no se hallaba el general tlaxcalteca tan irritado como parecia. Este regalo consistia en trescientas gallinas y en víveres de varias clases: verdad es que Xicotencal habia cuidado del advertir á Cortés, que enviaba aquellas provisiones á sus enemigos para que estuviesen bien mantenidos antes de ser inmolados, y su carne fuese de mejor gusto, porque se proponia regalarse con ella en compañía de sus principales guerreros.

Esta fanfarronada causó risa á los españoles, que se comieron alegremente lo que el enemigo les habia enviado, mientras se preparaban al combate de dia siguiente. Xicotencal cumplió su palabra: al romper el dia, se presentaron numerosos batallones que atacaron con furor á los españoles; pero la táctica militar y la superioridad de las armas triunfaron tambien esta vez del teson y del valor, siendo derrotados los tlaxcaltecas, que abandonaron el campo de batalla á los españoles. No fué suficiente á abatirlos esta tercera derrota, porque persuadidos de que los españoles eran unos hechiceros, esperaban tambien que los magos de su nacion podrian saber mas que ellos. Además, sus sacerdotes que pretendian adivinar lo futuro, les prometian siempre la victoria. Consultados de nuevo, respondieron que los españoles, hijos del sol, debian toda

su fuerza á los rayos de este astro durante el dia; pero que por la noche quedaban tan débiles que era cosa muy fácil vencerlos y esterminarlos.

Determinados los tlaxcaltecas á aprovecharse del aviso, intentaron un ataque nocturno contra los españoles; pero Cortés, siempre vigilante, habia tomado todas sus precauciones para no ser sorprendido: así es que cuando se presentaron, fueron rechazados con gran pérdida. Entonces se llegaron á convencer de que los españoles eran mas que hombres, puesto que sin morir uno siquiera, habian dejado tendidos en el campo millares de tlaxcaltecas. Empezaron por sacrificar á los dioses algunos de sus magos para castigar su embuste, y despues enviaron á Cortés una embajada solemne pidiendo la paz, y escogiendo para embajadores á los principales de la nacion.

Vestidos con sus trajes de ceremonia, adornados con plumas blancas, que eran, como ya se ha dicho, un simbolo de paz, llegaron los embajadores al campamento español, deteniéndose de rato en rato para tocar la tierra con la mano, que besaban en seguida: repitieron muchas veces esta ceremonia hasta llegar á las líneas españolas, donde quemaron perfumes.

Admitidos en presencia de Cortés, pronunciaron este discurso: "Si sois divinidades malélicas, ahí teneis cinco esclavos para que bebais su sangre y os sacieis con su carne: si sois dioses benignos, aquí teneis perfumes y plumas de diferentes colores; pero si sois hombres, aquí teneis carne y pan para vuestro alimento."



Anunciaron despues que el objeto principal de su mision, era pedir perdon de las hostilidades cometidas por sus imprudentes compatriotas, y arreglar al mismo tiempo las condiciones de la paz. El general español, conservando el ademan de dignidad y grandeza con que habia recibido á los embajadores tlaxcaltecas, les dirigió enérgicas reconvenciones por la conducta de su gobierno, y su terquedad en despreciar las proposiciones pacíficas que se le habian hecho. Les declaró sin embargo, que estaba dispuesto á perdonar, con tal que la república guardase una estricta neutralidad, y le diese una satisfaccion de las injurias hechas á los españoles y á su jefe.

Así que el senado de Tlaxcala supo la respuesta de Cortés, mandó á todos los habitantes de las cercanías de la ciudad que llevasen víveres á unos extranjeros tan extraordinarios, proporcionándoles cuanto necesitasen sin pedir ni recibir el pago; quedando los españoles admirados del celo y exactitud con que se cumplió esta orden. Dos dias despues llegó al campo una magnífica comitiva, á cuyo frente venia Xicotencal: formábanla cincuenta magnates de la nación; todos ricamente vestidos. El jefe traia puesto un largo vestido blanco, adornado de plumas y piedras preciosas: era un jóven alto y delgado, cuyo marcial aspecto revelaba la costumbre del mando.

Saludó á la usanza del país al general español, despues tomó asiento sin que nadie se lo mandase y

sin pedir permiso, y dirigió á Cortés este discurso: "A mí solo hay que culpar por las hostilidades cometidas contra los españoles; pero me habia equivocado: creía que los españoles eran aliados de Motezuma, mi enemigo, el enemigo de mi patria. Deseando expiar mi culpa y obtener el perdon de un pueblo que es inocente, vengo á ponerme en manos del vencedor. Que disponga de mí como quiera; resignado estoy á sufrir todas las consecuencias de mi falta; pero que conceda la paz que pide todo un pueblo. Tlaxcala espera recibir dentro de sus muros al jefe de los extranjeros, y á sus soldados que no encontrarán mas que amigos."

La franqueza generosa de estas palabras, pronunciadas con notable firmeza, agradó mucho á Cortés, que despues de haber reprendido severamente á este jefe por su resistencia, que habia hecho correr tanta sangre, mudó de tono y le prometió que dentro de algunos dias pasaria á Tlaxcala.

Mientras que sucedia todo esto en el campamento español, llegó nueva embajada de Motezuma, para traer regalos á Cortés é inducirle de nuevo á renunciar á su proyecto de ir á Méjico. Sospechábase ya con razon, que no era tanto esto lo que pretendia Motezuma, como el estorbar que hiciese alianza con la república de Tlaxcala. Los embajadores mejicanos se esforzaron, si, á inspirar al general español desconfianza de los tlaxcaltecas, á quienes representaban, como gentes sin fe y prontos á vender á sus aliados; pero Cortés les contestó de manera



que conociesen no se le ocultaban sus interesadas calumnias.

Entre tanto el terror reinaba en Tlaxcala, porque no viendo los habitantes llegar al general español á su ciudad, se imaginaron que la tardanza era un efecto de las sugerencias é intrigas de los embajadores de Motezuma. Para neutralizarlas de una vez, tomó el senado la resolución de trasladarse al campamento de los españoles, ofreciéndose en rehenes á su jefe. Desplegóse gran pompa en la ejecución de este proyecto: cada individuo del senado llevaba un traje blanco, símbolo de paz, y era conducido en unas andas ó palanquin por oficiales de un rango inferior.

Venia á la cabeza de esta reunion imponente el padre de Xicotencal: este anciano, que estaba ciego, se distinguía por un vigor de espíritu y una energía de carácter que su edad avanzada no habia podido debilitar. Haciendo que le llevasen junto á Cortés, le abrazó y le pasó la mano por la cara, para formar alguna idea de él por medio del tacto. He aquí el discurso que le atribuyen los historiadores españoles, el que ofrece algunos rasgos de varonil elocuencia.

“¿Qué importa que tú seas un dios ó un hombre? de todos modos tienes á tu disposición el senado de Tlaxcala, y ya no puedes dudar de su rendimiento y obediencia. Lejos de nosotros la idea y la intención de escusar la falta de nuestro pueblo; al contrario, aceptamos toda la responsabilidad, esperan-

do así aplacar tu cólera y desarmar tu venganza. Nosotros resolvimos hacerte la guerra; pero tambien nosotros somos los que venimos á pedirte la paz. Motezuma se esfuerza, ya lo sabemos, á introducir el odio y la desconfianza entre nosotros, para que nos rehuses tu alianza; pero si das oído á sus pérfidas insinuaciones, acuérdate de que es nuestro enemigo. ¿Podrás tú dudar todavía de que es un hombre malo y pérfido, cuando en este momento mismo quiere que seas injusto con nosotros? No es tu auxilio el que solicitamos contra él: no nos hace falta, y tú eres el único enemigo á quien no podemos combatir con esperanzas de vencer; pero nos duele que te alucine con sus artificios y falaces promesas: conocemos mejor que tú á este jefe acostumbrado á burlarse de los juramentos. Escucha, generoso capitán; aunque estoy ciego, veo bien claramente la desgracia que te va á ocasionar tu noble confianza. Tú estás propenso á concedernos la paz, si Motezuma no te retrae de ello; ¿mas por qué desea retraerte? ¿por qué dudas en acceder á nuestros votos y á nuestras súplicas? ¿por qué rehusas á nuestra ciudad el honor de tu presencia? Estamos determinados á merecer, á obtener tu confianza y tu amistad, ó hacerte el sacrificio de nuestra libertad. Escoge ahora: es preciso que seamos tus amigos ó tus esclavos: fija nuestra suerte, que respetuosamente esperamos la sentencia que salga de tu boca.”

Cortés respondió que se apresuraria á satisfacer los deseos del senado de Tlaxcala y pidió solamen-



mente algunos hombres para conducir los bagajes y la artillería. Al día siguiente por la mañana ya estaban en el campo quinientos tamenes ó indios de carga, rivalizando entresi sobre quién habia de cargar con el fardo mas pesado. El ejército se puso en camino, pero marchando en columna como si se fuese á combatir; precaucion ordinaria de Cortés, con la que este jefe tan prudente como animoso solia asegurar el resultado de todas sus operaciones.

Los españoles hicieron en Tlaxcala una entrada triunfal; el pueblo se agolpaba en las calles por donde pasaban, mezclando sus gritos de alegría con el ruido de los tarabores y de los pífanos; las jóvenes les arrojaban flores, y los sacerdotes revestidos con sus trajes quemaban incienso delante de ellos. Los individuos del consejo supremo ó senado y los habitantes mas principales vinieron á ofrecerles su respetuoso homenaje. Condujeron á tan ilustres huéspedes, á quienes designaban con el nombre de Teules, es decir, dioses, á una casa tan espaciosa que todos pudieron alojarse en ella.

Apenas Cortés se instaló en ella con su tropa, colocó centinelas en todas las avenidas: esta precaucion que anunciaba desconfianza, desagradó á los tlaxcaltecas; pero se les hizo entender que era costumbre de los ejércitos europeos, y que aun en tiempo de paz la disciplina y las ordenanzas militares prescribian precauciones de este género. Entonces los tlaxcaltecas no hicieron mas objeciones contra la medida adoptada por el general español, y hasta

el mismo Xicotencal se propuso seguir una costumbre cuya sabiduría y utilidad no pudo menos de confesar.

Conociendo Cortés el poderoso auxilio que le podria proporcionar la alianza con una nacion tan generosa como valiente, recomendó á sus soldados que tratasen á los tlaxcaltecas con mucha dulzura é igualdad. El fué el primero á darles el ejemplo de esta política hábil y previsora, esforzándose con su buen proceder á estrechar los lazos de amistad que le unian ya al caudillo de los guerreros de Tlaxcala; pero estuvo á punto de malograr todas las ventajas que le ocasionaba, por su exagerado celo en favor de la religion.

En una conferencia que tuvo con uno de los individuos del senado, le indujo á que renunciase el culto de los falsos dioses, para no adorar mas que al Dios de los cristianos; pero el indio le dió una respuesta muy singular. Segun él, un solo general, que era un hombre, podia mandar muy bien á un mismo tiempo á los españoles y á los tlaxcaltecas; pero el único Dios de los cristianos no podia bastar para unos y otros. Los tlaxcaltecas necesitaban muchos dioses; necesitaban uno que los protegiese contra las tempestades, otro para preservarlos de las inundaciones, otro que les favoreciese en la guerra, y otro en fin, para los casos extraordinarios en que tuviesen que valerse de él. Cortés le replicó que el Dios de los cristianos, supremo Señor y árbitro de todas las cosas, cuidaba de remediar



todas las necesidades de los hombres; pero el tlaxcalteca no pudo acabarse de persuadir de que un solo Dios pudiera multiplicarse, para atender á tan diversas obras. Entonces el general español llamó en su auxilio al capellan de la espedicion, que trató de persuadir al senador y á los tlaxcaltecas que se encontraban con él. Escucharon con la mayor atencion al sacerdote cristiano; pero cuando acabó de hablar, el individuo del supremo consejo suplicó á Cortés que no volviera á suscitar tan delicadas cuestiones fuera de su campamento, para preservar á los tlaxcaltecas de la temible cólera de sus teules.

Estas palabras irritaron á Cortés en términos que ya se disponia como en Cempoala á destruir en el acto el culto de los ídolos en Tlaxcala; pero el padre Bartolomé de Olmedo, digno ministro de una religion de tolerancia y de paz, retrajo á Cortés de la ejecucion de este proyecto imprudente, cuyas consecuencias podian ser fatales á los españoles.

En el momento que el ejército español, reforzado con un cuerpo de seis mil tlaxcaltecas, iba á romper la marcha, llegó nueva embajada de Motezuma, para convidar á Cortés á dirigirse á Cholula, porque el emperador habia dispuesto que se le hiciese allí el conveniente recibimiento y que se proporcionasen víveres con abundancia al ejército. Por lo demás, los embajadores no suscitaron la cuestion de la marcha á Méjico.

Esta invitacion pareció sospechosa á los tlaxcaltecas, que suplicaron á Cortés no aceptase, porque ocultaba alguna emboscada. El general español dió gracias á sus aliados por el aviso; pero les declaró que no habia peligro que hiciese retroceder á los españoles, y marchó con su ejército hácia Cholula. Fueron recibidos los españoles con las mas amistosas demostraciones; pero se prohibió á los tlaxcaltecas la entrada en la ciudad, bajo pretesto de que eran enemigos declarados de los cholulanos, y tuvieron que acampar fuera de la poblacion; cosa que ellos supieron hacer con sorprendente habilidad, imitando á los españoles y rodeándose como ellos de fosos y trincheras.

Durante los primeros dias, los cholulanos se manifestaron muy solícitos en festejar á sus huéspedes; pero los españoles advirtieron ciertos hechos que justificaban la desconfianza de los tlaxcaltecas. Los víveres cesaron de llegar con abundancia, los caciques se manifestaron mas frios, y se notaron frecuentes reuniones de los embajadores de Motezuma.

Dos tlaxcaltecas que habian conseguido introducirse en la ciudad á favor de un disfraz, informaron á Cortés de que habian visto por la noche un gran número de mujeres y de niños que se refugiaban á paraje seguro, y que seis niños habian sido sacrificados á los ídolos en el templo principal; sacrificio que era el prelude ordinario de una espedicion militar. En consecuencia, Cortés debía



tomar sus disposiciones para no ser sorprendido por un enemigo pérfido y desleal.

El general español estuvo alerta y observó á los cholulanos para penetrar sus intenciones; pero una feliz casualidad le hizo descubrir cuanto tramaban contra sus huéspedes. La intérprete Marina había sabido inspirar tan vivo y sincero afecto á una cholulana, esposa de uno de los principales habitantes de la ciudad, que esta mujer deseando salvar á la jóven, puso en su noticia toda la conspiracion formada contra los españoles, que habian de perecer sin distincion, aconsejándola que los abandonase para no perecer con ellos. Marina, partidaria de los españoles, fingió que se aprovechaba del aviso de la cholulana, para obtener de ella todos los pormenores de la conspiracion. Así consiguió saber que un cuerpo de tropa mejicana estaba oculto en las cercanías de Cholula, para presentarse á una señal convenida; que se habian formado barricadas en muchas calles, y que en otras había fosos ligeramente encubiertos para que se hundiesen los caballos; que además habian subido una gran cantidad de piedras y otros proyectiles á lo alto de las casas y de los templos, para arrojarlos contra los españoles y dejarlos aplastados.

Cortés, viendo el peligro que corría, se apresuró á tomar sus disposiciones para desconcertar la trama. Hizo venir primeramente á la mujer india que habia hablado con Marina y á tres de los principales sacerdotes, y habiéndolos encerrado, les hizo

confesar á fuerza de amenazas la matanza que estaba dispuesta por los cholulanos. Juzgó entonces que era indispensable dar un gran golpe para aterrar á Motezuma y á sus parciales, y mandó que sus soldados y los cempoales que los acompañaban formasen en batalla en el gran patio del alojamiento, y avisó á los tlaxcaltecas acampados fuera de puertas, que invadiesen la ciudad al primer tiro que oyesen. Los principales caudillos de Cholula fueron atraídos con varios pretextos al cuartel español y arrestados en él: en seguida Cortés mandó que saliesen las tropas para empazar el ataque.

Entonces los españoles y los cempoales se precipitaron en las calles, mientras que los tlaxcaltecas entraban en la ciudad. Bien pronto el suelo quedó cubierto de cadáveres, porque los habitantes, sin jefes, se dejaban matar sin resistencia. Verdad es que los mejicanos, saliendo de su emboscada, acudieron á socorrerlos; pero fueron derrotados y buscaron su refugio en las torres y en el templo principal.

Cortés anunció que se perdonaria la vida á los que se rindiesen; pero solo un mejicano bajó de las torres; los demás prefirieron la muerte al oprobio del vencimiento. Cortés dejándose arrebatar de la cólera en el calor del combate, deshonoró su victoria con un acto de crueldad, mandando pegar fuego al templo, donde muchos infelices perecieron entre las llamas.

Durante dos dias los irritados españoles hicieron



que corriese la sangre en la ciudad de Cholula entregada al saqueo. El cansancio de los soldados puso fin á la matanza, y Cortés vengado, dió libertad á los magistrados prisioneros, y echándoles en cara su perfidia y el haber sido causa de todas las desgracias de su ciudad, les mandó que hiciesen venir á todos los habitantes que habian huido, puesto que él les concedía una amnistía general. Era tal la impresion de supersticioso temor producida por las sangrientas escenas con que habian señalado su venganza los españoles, que todos los cholulanos fugitivos volvieron á la ciudad, que en breve se vió llena de un pueblo sumiso y obediente.

Pero el mismo hombre que habia autorizado unos excesos que tanta sangre costaron á los infelices cholulanos, se propuso ser el mediador de una sincera reconciliacion entre dos pueblos animados entonces uno contra otro de los mas hostiles sentimientos. Cortés hizo que tlaxcaltecas y cholulanos se jurasen con todas las ceremonias que aseguran la inviolabilidad de los juramentos, una amistad que uniéndolos entre sí, le proporcionaba al mismo tiempo el auxilio de dos aliados tan poderosos. Esta reconciliacion fué á la vez un acto de humanidad y de previsora política.

Continuó entonces su marcha á Méjico, oyendo al paso en todas partes las quejas de los indios contra el despotismo de Motezuma. Los gobernadores no deseaban otra cosa mas que libertarse de él. Entre los caciques que recibieron á los españoles como

unos libertadores, el de Tezcucuo, una de las ciudades mas considerables del imperio, manifestó á Cortés el odio mas violento al emperador. ¿Pero qué hacia este monarca, señalado en todas partes como un tirano, al ver que un enemigo formidable llegaba á la capital?

La conducta de Motezuma revelaba la indecision, sintoma de miedo y debilidad: tan pronto enviaba mensajeros á Cortés para invitarle á entrar en Méjico, tan pronto le enviaba á decir que se detuyese; pero el general español avanzaba siempre: cruzando las montañas de Chalco, llegó á Tezcucuo y de allí á Iztapalapa. Al bajar de las montañas de Chalco, quedaron los españoles agradablemente sorprendidos á vista de un delicioso paisaje. A su frente se extendía un inmenso y delicioso país, donde se divisaba un lago semejante á un mar, y en medio de este lago, ciudades y villas que parecian salir del seno de las aguas. Entre las ciudades era fácil reconocer á la capital, notable por sus muros altos.

Detuvéronse los españoles á vista de tal espectáculo, cuya magnificencia excitaba su sorpresa y admiracion, creyéndose transportados al país de las encantadoras. Olvidaron entonces los males que habian sufrido, para no acordarse mas que de la recompensa reservada á su constancia y ya llegaban al término de sus afanes, y se distribuian con la imaginacion los tesoros que encerraba la brillante capital: ya podia Cortés imponerles



nuevos sacrificios y nuevas penalidades, porque pronto estaban á seguirlo á todas partes. Así el general, viendo el universal ardor y el entusiasmo que animaban á su ejército, trató de aprovecharse de ellos, avanzando lleno de confianza por una de las calzadas del lago, hácia al palacio del emperador.

De repente se vieron salir de la ciudad como unos mil mejicanos que traían mantos de tela de algodón y penachos en la cabeza. Salían á recibir al ejército español, por lo que al acercarse saludaron al general con respeto y le anunciaron la próxima llegada del mismo emperador. Poco después se descubrió la vanguardia de su brillante comitiva, formada por doscientos hombres de la servidumbre del emperador, los que traían también mantos blancos y penachos; pero caminaban descalzos, de dos en dos, y guardando un profundo silencio.

Así que llegaron al frente del ejército español, hicieron alto y se formaron á los lados de la calzada, para que llegase hasta los extranjeros otra comitiva de servidores de Motezuma, vestidos con mayor magnificencia. En el centro de esta comitiva descollaba el monarca sentado en una silla de oro llevada en andas por cuatro señores principales de su imperio. Otros dependientes sostenían sobre la cabeza del monarca un dosel de tela entretrejida de plata, sobre la que ondeaban plumas verdes.

Precedían á esta comitiva ocho magistrados llevando en la mano unos bastones de oro que levantaban de rato en rato con solemne gravedad. Cada vez que los magistrados levantaban sus bastones, el pueblo se prosternaba, tapándose la cara con las manos, como si se juzgase indigno de levantar los ojos hácia su soberano. Cuando esta tropa llegó junto á los españoles, Cortés se apeó del caballo y se adelantó respetuosamente hácia Motezuma. En el mismo instante, el emperador se levantó de su silla, y bajando de las andas, se adelantó lentamente hácia Cortés por encima de unas alfombras que los de su comitiva iban tendiendo, para que no tocase con los pies en el suelo.

Cortés saludó al monarca á la usanza europea, y Motezuma contestó al saludo besando su propia mano, con la que había tocado la tierra; signo, como ya se ha dicho, del mayor respeto entre aquellas gentes. Por esta causa los mejicanos quedaron altamente sorprendidos de ver á un monarca tan orgulloso que ni aun á los ídolos honraba más que con una inclinación de cabeza, rendir tal homenaje á los extranjeros. Ya no dudaron de que eran unas divinidades, y el nombre de *teules*, que en lengua mejicana significa *dioses*, era repetido con frecuencia por los numerosos espectadores de esta escena.

Después de los primeros cumplidos, Cortés se quitó una cadena de piedras falsas que llevaba sobre la armadura, y se la echó al cuello.

Motezuma, que pareció quedar muy satisfecho del



regalo. Mandó que trajesen al instante la alhaja mas preciosa de su tesoro, que consistia en un collar de conchas muy raras, de cuyas puntas pendian cuatro cangrejos de oro. El mismo echó este collar al cuello de Cortés, lo que redobló la sorpresa de los mejicanos.

El emperador era de mediana estatura y mas bien delgado que grueso; tenia aire de majestad y viveza en sus miradas; su piel era menos tostada que la de los demás mejicanos, y tendria como unos cuarenta años. Traia un largo manto de fina tela de algodón, cubierto de joyas de oro, perlas y piedras preciosas. La corona de oro que llevaba en la cabeza era parecida á una mitra, y su calzado se componia de placas de oro macizo, sujetas con hebillas del mismo metal.

Cortés y Motezuma entraron juntos en la ciudad, que no se llamaba entonces Méjico, sino Tenuchitlan. Los historiadores españoles aseguran que se contaban mas de veinte mil casas de un solo piso, y hablaban tambien del extraordinario número y magnificencia de los templos que embellecian esta ciudad; pero sus relaciones son algo exageradas. En lo que no cabe duda, es en que la capital del imperio mejicano era muy grande y estaba muy poblada.

Un palacio que por sus altas murallas y sus puertas parecia desde lejos una fortaleza, fué el alojamiento á donde el mismo Motezuma condujo á los españoles. Segun su costumbre, Cortés colocó en

todas las avenidas centinelas y cañones, recomendando á sus oficiales y soldados que observasen la mas exacta disciplina y estuviesen alerta para evitar toda sorpresa, porque desconfiaba, no sin fundamento, de la hospitalidad mejicana.

III



Algunos de los españoles que acompañaron á Cortés visitado por el emperador que trata un negocio importante. Después de las ordinarias atenciones de cortés al Motezuma y Cortés visitado al Motezuma. Después de haber visitado al Motezuma y los españoles estaban de pie tanto á la